

La feminidad en la muerte: un análisis del himno homérico a Deméter

Citlalli Hernández Pimentel

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

La muerte provoca vértigo. Todas las culturas han tenido su manera de entenderla. En la Antigüedad griega y romana hubo mitos que intentaban responder a esta interrogante, uno de los cuales es el del rapto de Perséfone, que por medio de las figuras de las diosas permite generar un concepto sobre la vida y la muerte.

Palabras clave: mito, Grecia, Eleusis, femenino, diosas, fecundidad, muerte.

ABSTRACT

Death makes us dizzy. All cultures have had their own way of understanding it. Ancient Greece and Rome had myths that attempted to respond to this quandary, one of which was the myth of the abduction of Persephone. The figures of the goddesses in this myth make it possible to generate an idea of renewal in life and death.

Keywords: myth, Greece, Eleusis, female, goddesses, fertility, death.

Tradicionalmente, ser mujer se determina a partir del sexo y lo femenino como la apropiación del género. Ambos recaen en una construcción cultural y los diversos sectores donde se ven representados contribuyen a un sujeto en la construcción de lo que se entiende por “lo femenino”. La diversidad de expresión de estos se determinará por su momento histórico. Lo femenino entonces no es sólo la construcción de identidad de un sujeto, sino un elemento cultural que por lo tanto se integra en los diferentes campos de comprensión del entorno.

La concepción de muerte en la Antigüedad retomaba la idea del ciclo agrícola. La tierra recibe la semilla que cae; ésta muere, germina y se transforma en un elemento nuevo que da fruto. Se observa a la tierra como dadora de vida, pero también como aquella que recibe a los muertos. En aquella época los mitos y los ritos místéricos llevaron a la concretización de estos aspectos, cuya forma de entendimiento fue muy variada y rica. Aquí nos centraremos en el mito homérico a Deméter. Analizaremos el concepto de la muerte a través de las tres figuras centrales del mito, para exponer como el concepto de la feminidad contribuye a entender la muerte.

Empecemos por analizar el mito místico con una frase de Foustel de Coulanges (2015: 18) en la ciudad antigua: “Quizá en presencia de la muerte ha sentido el hombre por primera vez ese aspecto sobrenatural; la muerte es el primer misterio y puso al hombre en el camino de los demás misterios”.

Reflexionar en torno a la muerte provoca vértigo; sin embargo, es una tarea necesaria para entender el mundo, lo cual la hace una temática importante para la conformación de la cultura de una sociedad. En la Antigüedad la respuesta social a esta interrogante se presentaba en los mitos y ritos, por lo general conocidos como misterios. El ideario que generaba la literatura de la Antigüedad clásica consistía en observar al inframundo como un lugar físico, un lugar con una geografía que conecta con el mundo de los vivos; los ríos que cruzan Grecia son los mismos que llegan al infierno. Por consiguiente, de alguna manera los muertos siguen estando presentes en el mundo, si bien les corresponde estar en el inframundo.

Para los antiguos griegos y romanos la ausencia del individuo no impedía que aun tuviera su importancia en la sociedad. Se consideraba que éste conservaba sus necesidades. Se pensaba, por ejemplo, que el muerto requería alimentos: “Piensan los hombres que las almas vienen de los profundo por la comida que se les trae, que se regalan con el humo de las viandas y que beben el vino derramado en su fosa” (*ibidem*: 13).

Los muertos siguen teniendo necesidades de los vivos y requieren de sus consideraciones. Así como la geografía del inframundo estaba unida con la geografía de los vivos, los muertos conservaban una relación y una importancia en la sociedad de

los griegos, pues seguían teniendo las necesidades de cuando vivían. Por eso no se debían descuidar, pues si se les olvidaba se perdería la protección que estos generarían. En referencia a esto cito un fragmento de los persas de Esquilo (2015: 7): “Por esto he recorrido de nuevo este camino [...] para llevar al padre de mi hijo las libaciones propiciatorias, que amansan a los difuntos: la blanca leche gustosa de una vaca no sometida al yugo, la dorada miel destilada por la obrera de las flores, juntamente con el agua que mana de una fuente virgen, y el puro licor de una madre silvestre, esta delicia de una viña antigua”.

Solía también asociarse la granada y los frutos rojos como alimentos apropiados para ofrendar a los muertos dada la semejanza de su color con la sangre. Lo que se ofrendaba a los muertos debía satisfacer las necesidades propias del habitante del inframundo, pues sus necesidades ya eran diferentes.

Entendemos así que el ser humano vivo tiene la obligación de no olvidar a sus ancestros. Al ser recordado, el difunto aún puede interceder en el mundo de los vivos. Sin embargo, a pesar de que se veía la presencia del difunto, la muerte no era algo alentador.

Nada podía ser máspreciado que seguir viendo la luz del sol, a pesar de que sus hazañas los hicieran memorables o a sabiendas de que serían ancestros venerados. “El alma de los muertos carece de los atributos psicológicos del alma de los vivos. Sabiendo que el *thymos* [la fuerza de voluntad] abandona al individuo en el momento de la muerte. Tampoco los muertos poseen un *noos* [la parte intelectual] o un *menos* [la valentía]” (Bremmer, 2002: 68).

La muerte genera en el ser humano la pérdida de los elementos más valiosos que lo constituyen. Todo el mundo conoce la frase de Aquiles a Ulises en la *Odisea*, muy usada porque representa en sí que, aunque exista una forma de existencia después de la muerte, ésta en nada se compara con el beneficio de la vida. A pesar de que se creía en otra forma de existencia, la contraposición de la muerte no dejaba nada más que admirar la vida.

Al ser la muerte parte de la realidad del individuo, ésta necesita sus dioses, los cuales, como cualquier otra divinidad, requerían sacrificios, pues era preciso mantener a Hades tranquilo y distante: “There are powers wich bring only dangers and evil, powers wich it is best not to name wich must be turned away by appropriate sacrifice in order tiberid of them” (Burkert, 2001: 200).

Para los griegos de la Antigüedad existía un inframundo y unos dioses que lo gobernaban, pero había una gran variedad de ritos de iniciación para entender la muerte. Todos tenían un mito y un rito diferente, pero se sabe que en conjun-

to retomaban a las divinidades femeninas para entenderlos. El rito de Eleusis es una reactualización del mito que retoma de manera plástica y vivencial los símbolos expresados en el himno y otros que formaban parte del misterio.

Todo mito hace referencia a la realidad del ser humano; la narración del mismo integra los valores de la expresión histórica cultural, pero también sus valores subjetivos; las relaciones interpersonales –dioses y dioses o dioses y hombres– son una parte importante para la causa de la historia. En el mito de Deméter es la relación de madre e hija la que impulsa la trama; por el aspecto afectuoso se entiende el motivo: es el hilo conductor que permite llegar al misterio.

Deméter era una diosa que, a pesar de vivir en el Olimpo, decidió también habitar en la Tierra, pues era la diosa de la fertilidad. Tuvo de Zeus una hija llamada Core. Sin embargo, cuando la madre estaba ausente, la joven diosa se divertía con las hijas de Océano. Mientras recogía una hermosa flor de narciso, la tierra se abrió y de ella emergió el dios de los infiernos, el cual la llevó a su morada a pesar de sus gritos. Deméter alcanzó a escuchar sus lamentos, y con todo el peso de su dolor vagó por Grecia buscándola. Con esta acción fundó el rito misterioso de Eleusis. Por medio de Hécate y Helios descubrió que su hija ahora era esposa de Hades, lo cual desencadenó su enojo, por lo que se aisló para vivir en su templo y retiró su don sobre la Tierra. Al notar que esto pondría en peligro a la raza humana y a los dioses mismos, Zeus decidió interceder haciendo que Core –ahora Perséfone– regresara con su madre una parte del año y la otra restante sea la compañera de Hades.

En un primer momento lo que llama la atención del mito es el poderoso afecto de la diosa madre por su hija. Esto es lo que atrae y sensibiliza al que escucha el mito: la desaparición de su hija llega a impactar hondamente. La madre la llamó muchas veces y su hija no respondió. La madre recorrió muchos senderos pero nunca la encontró. ¿No son estas las características que Hades mantiene con las almas que adquiere? ¿No es por lo tanto el rapto de Core una representación de la muerte? La madre llora por la muerte representativa de su hija. El mito expresa a una mujer llevando el luto, renunciando a su cualidad divina para vivir su luto como cualquier mortal:

[...] y la oyó la veneranda madre. Sintió ésta que un agudo dolor le traspasaba el corazón, destrozó con sus manos la cinta que sujetaba su cabellera inmortal, echose sobre los hombros un cerúleo manto, y salió presurosa, como un ave, a indagar por tierra y por mar. Durante nueve días vagó por la tierra la veneranda Deo, que llevaba teas encendidas en sus manos; y, angustiada, ni una sola vez probó la ambrosía ni la suave bebida del néctar, ni metió su cuerpo en el baño (“Himno...”, 2015: 29).

Se trata de un mito que hace referencia a una cuerda sensible en la vida de una persona; enfrentarse a la muerte es un aspecto que incide en una realidad social. En el mito se reflejan las características generales de lo que representa enfrentarse con el fin de la vida. En este caso permite entender la muerte de su entorno –el origen de las estaciones–, así como la muerte del sujeto y su comprensión colectiva. Este último aspecto se desarrollará más en los ritos de iniciación.

Las diosas por las que gira el misterio son Deméter y Perséfone. La primera es la representación arquetípica de la Gran Madre. Es la que brinda protección a su hija, además de alimento. Sin embargo, también puede causar estrago si se le hace enojar. En cambio, Perséfone representa el misterio. En el mito poco se dice sobre ella. En el rito es donde ella se expresaba con plenitud, en alusión a su aspecto de diosa de la muerte. Una deidad que se revela y otra que se oculta no son divinidades que se contradigan, sino que se complementan. En este aspecto la cuestión del afecto, aquella que es el ancla de atención como también el hilo conductor, permite entender que la complementación de los opuestos no es descabellada, pues constituye la unión de madre e hija.

Con base en la postura de C. G. Jung, el inconsciente es algo no propio de la persona, sino del ser humano en general. Todas las culturas tendrán las mismas figuras arquetípicas, pero se expresarán de acuerdo con las cuestiones históricas y culturales bajo las cuales se desenvuelva, de modo que se muestre la esencia del arquetipo. “Basta con saber que no existe una sola idea o concepción esencial que no posea antecedentes históricos. Todas se basan en última instancia en formas primitivas arquetípicas, que se hicieron patentes en una época donde la imagen no se pensaba sino que *percibía*” (Jung, 2009: 58).

Las diosas del mito eleusino corresponden al arquetipo de la Gran Diosa Madre, el cual se divide en dos, con un carácter positivo como un recipiente que protege, guarda y sostiene las cosas. Además es el recipiente nutricio que da el primer alimento.

El arquetipo de la Diosa Madre retoma las características biológicas que tiene una mujer en el periodo de gestación o en el periodo de alimentación de su hijo.

Los arquetipos trabajan de igual manera como la construcción inconsciente de lo que se entiende como el arquetipo de la madre: “[...] lo materno, la autoridad mágica de lo femenino, la sabiduría [...] lo bondadoso, lo protector, fertilidad y alimento, los sitios de la transformación mágica, del renacimiento, lo secreto, lo oculto, el mundo de los muertos [...]” (*ibidem*: 115). Las acepciones de ésta se encuentran en un aspecto positivo y negativo. Los aspectos ya mencionados forman parte de los que conforman el mito de Deméter. La representación de estos caracteres se divide en las tres diosas principales: Deméter, Hécate y Core-Perséfone.

Empecemos por la figura de Deméter: analizamos ya que las relaciones interpersonales eran parte de la naturaleza del mito, cuya imagen no revela misterio alguno. Es la diosa del trigo, de la fertilidad de la tierra, hermana de Zeus y de las divinidades femeninas más importantes en el panteón griego.

Deméter refleja el aspecto de la madre en el sentido literal. Se trata de una imagen que hace referencia a una necesidad psicológica del sujeto para su conformación: “[...] el niño vive en participación exclusiva, en identificación inconsciente con ella [...] Al volverse mayor la distancia entre lo consciente y lo inconsciente, la abuela materna se transforma por ascenso de rango en la Gran Madre, con lo cual ocurre frecuentemente que las oposiciones interiores de esta imagen se separan de ella. Surge por un lado una mala, o bien una diosa benévola y luminosa y otra peligrosa y sombría” (*ibidem*: 247).

En el mito, la figura de la diosa madre retiene estas características pero no termina por ser algo perturbador; es en esencia la madre. El propio nombre de Deméter hace referencia a *mater*; es la madre porque ella otorga el alimento, ella es la diosa de la cosecha y es quien da el principal alimento de los griegos: el trigo, el pan.

La venerada Deo, al ser la representación más evidente de la madre, recupera los valores positivos, lo bondadoso, lo protector, la fertilidad y el alimento, todos éstos aspectos afectuosos que se retoman para ser el hilo principal del mito. “¡Veneranda Deméter, que nos traes los frutos a su tiempo y nos haces espléndidos dones!” (“Himnos...”, 2015: 29). Al ser la madre de Core, y ser la autoridad en la fertilidad de la tierra, Deméter no logró evitar que su hija fuera secuestrada por Hades. Es una divinidad a la que se debe mostrar respeto, si bien es expresada vulnerable y con un sentir muy humano. No es omnipotente, por lo cual su figura no está del todo acabada para expresar el arquetipo de la Gran Madre; necesita de la presencia de las otras dos diosas-mito para complementarse. Sin embargo, en el mito en esta diosa caen la fuerza y el movimiento en la búsqueda por lo inalcanzable.

No obstante, su relevancia no la hace omnipotente ni vulnerable –ni siquiera Zeus lo es del todo–. Ella se ve imposibilitada de encontrarla. Al ser los mitos una expresión de la realidad humana, Deméter constituye una representación del ser humano ante la muerte; es una búsqueda inalcanzable.

Entre los otros aspectos del arquetipo de la diosa madre están los mágicos, los oscuros y la asociación con los muertos; corresponde más al aspecto de Perséfone –esposa de Hades– y de Hécate. En estas diosas se encarna el misterio de Eleusis, pues son propiamente las deidades de la muerte. En referencia a los arquetipos, Eric Neumann (2009: 174) escribe: “Por este motivo, si es invadida por la cólera, sus diversas manifestaciones, Istar, Hathor o Hécate pueden cerrar el seno de todo lo viviente y hacer

que la vida se detenga. Como madre bondadosa es la señora de la puerta de Oriente, la puerta del nacimiento y en su aspecto terrible la señora de la puerta de Occidente, de la muerte y de la entrada al mundo subterráneo”.

Hécate es una diosa de la magia asociada con los fantasmas; principalmente se trata de una diosa lunar, por lo común representada con una antorcha. Fue la única deidad que escuchó lo que debía permanecer en misterio; el propio Zeus no lo notó –salvo Helios–. Hécate es la diosa maga que ayudó a madre e hija a reencontrarse. Su papel simbólico es que, al ser dos cualidades tan diferentes: la vida (Deméter) y la muerte (Perséfone), éstas se unen. “Ambas, pues, se causaban y recibían mutuos gozos. Acercóseles Hécate, la de luciente diadema, y abrazó muchas veces a la hija de la casta Deméter, cuya servidora y compañera fue de allí en adelante dicha reina” (“Himno...”, 2015: 35).

Hécate es una diosa que no forma parte del panteón olímpico; está alejada de los demás, pero en la comunidad tenía un papel importante para la realización de aspectos mágicos, considerada una de las deidades que conformaba la corte de Perséfone. Con Hécate comenzamos a hablar de los misterios del mito y del ritual, pues ella refiere a los aspectos del inframundo; su aspecto de fertilidad, representada en su símbolo de la luna, se complementa con otro de sus símbolos: la antorcha.

En el mito, Hécate es la que motiva la “verdadera” búsqueda de Core, pues su madre había buscado en la tierra de los vivos. Ella lleva la antorcha para buscar en la oscuridad; la luz que provee la diosa hija de titanes es diferente a Helios, quien todo lo cubre y todo lo ve, pues es una luz que permite iniciar un camino para develar el misterio.

El misterio de Hécate consiste en que es una triple diosa, representada por tres caras, “[...] a la que Zeus Crónida honró sobre todos y le procuró espléndidos regalos, la suerte de participar en la tierra y el mar estéril. Ella también obtuvo en lote la dignidad que confiere el estrellado cielo y es especialmente respetada por los dioses inmortales” (Hesiodo, 2015: 5).

Es la que tiene la llave del infierno, como también la del cosmos entero. En la teogonía se le señala como una diosa importante, reconocida tanto por Zeus como por los demás dioses olímpicos. Sin embargo, no se tienen mitos dedicados a ella, pues su carácter está más asociado con los misterios. Su carácter integrador de los tres espacios le da una identidad triple, la cual es muy importante al analizar el mito, mucho más cuando se analiza el rito. La unión que tiene con las diosas se debe a que tienen caracteres afines que madre e hija necesitan del misterio “vida y muerte”. Necesitan del misterio para integrarse.

Hécate es la representación del misterio que todo lo integra. Core es la hija de la diosa del trigo, la cual adquiere en el mito dos nombres: el de hija y el de esposa. Ambos representan los dos espacios en que se mueve. Al ser hija es llamada Kore, que significa “doncella”; es decir, una “casi mujer”; depende de una figura, en este caso ligada con su madre. Es la hija más amada, el personaje en quien recae todo el peso de la diosa del trigo, y por eso se narran las penas que ella experimenta. Es asimismo la respuesta de Hades para no estar solo.

Core es la diosa que se encuentra en el centro del mito y sin embargo está fuera, pues sus acciones y su voz no son escuchadas por los dioses cuando pide auxilio, o se le dan pocas palabras dentro del mito.

Pero ninguno de los inmortales ni de los mortales hombres escuchó su voz, ni tampoco sus compañeras de espléndidas muñecas: sino que solamente la oyeron la hija de Perseo, la de tiernos pensamientos, desde su cueva, Hécate, la de luciente diadema, y el soberano Sol, hijo de Hiperión, cuando la doncella invocaba a su padre Crónida; pues éste se hallaba lejos de los dioses (“Himno...”, 2015: 29).

La imagen de Core en su papel de hija no tiene mucho peso; su propia voz parece muda. Si había posibilidad de sacarla del inframundo, era por su madre. Caso diferente es como Perséfone; debido a ella el ritual se centra: es el retorno de la diosa Core, aunque en su proceso de transformación de Perséfone es más que semilla; es la germinación en su estadía en el inframundo y el surgimiento como una planta madura que da su fruto.

Hades es el dios de la invisibilidad: “Éste es el dios que no puede ser mirado, el terrible dios de la muerte, el que causaba la desaparición de todas las cosas vivientes, el que las volvía invisibles. La gente que sacrificaba en honor de los seres del inframundo tenía que hacerlo con la mirada desviada” (Kérenyi, 2004: 113).

El hermano y ahora yerno es una entidad que maneja factores que hace que los seres humanos y los dioses lo mantengan alejado. La muerte no es idéntica a la vida, pero tampoco la excluye; en este aspecto se entiende la característica de Perséfone: “En el crecimiento vegetal y en la proliferación animal, se experimenta en las figuras de dioses que mueren sin dejar de ser eternos, particularmente en las diosas lunares” (Kérenyi, 1997: 130).

La asociación con la muerte y la vida está relacionada también con los elementos propios vinculados con el Hades; en este caso la muerte es la granada, es fruto del Hades, y su color rojo recuerda la sangre, pero su abundancia de semilla y su utilidad para preparar una comida hace alusión a la fertilidad (Kérenyi, 2004: 149).

El hierofante, al hablar de los grandes y los inefables secretos, pronunciaba: “¡La señora ha dado a luz a un niño sagrado, Brimó ha dado a luz a Brimos! Esto es, la Fuerte, al Fuerte [...] Brimo es ante todo una designación para la reina de los muertos, para Deméter, Core y Hécate en su calidad de diosas del mundo inferior” (*ibidem*: 112).

Éste es de los más importantes misterios de Eleusis narrados por una fuente cristiana. La alusión a Brimo como Perséfone que es la diosa del inframundo, sin especificar a cuál de las tres diosas se refiere, significa que alude al aspecto de la muerte, del inframundo: el aspecto más oscuro de la diosa mostrando la paradoja de que aun así existe la vida. Perséfone daba nacimiento bajo la muerte.

El regreso de Perséfone como diosa del inframundo, como madre y como Core es la representación de la fertilidad. Ella es la que entiende y observa el cambio después de la muerte. La idea de los misterios y del rito reflejan la idea agrícola de la vida; la semilla cae y muere, sepultada por la tierra, pero renace de ésta, da fruto y adquiere una nueva forma. A la fecundidad de la semilla se le asocia con Perséfone; la semilla que cae y renace para tomar una forma diferente no es sólo Kore: ahora es también Perséfone.

Las tres diosas aluden a la división del mes lunar. La triple diosa en sus tres aspectos: diosa del cielo, de la tierra y del inframundo, siendo a la vez hija de Deméter.

Como diosa del inframundo le correspondían el nacimiento, la procreación y la muerte. Como diosa de la tierra le corresponden las tres estaciones, animaba a los árboles y las plantas [...] Como diosa del cielo, la luna en sus tres fases [...] era doncella la luna nueva, la luna llena o el verano era la mujer, y como la luna vieja o el invierno, era una vieja malévola (Graves, 2014: 508).

En el himno homérico, la Gran Diosa Madre no alcanza a ser representada en una sola figura; necesita de las tres diosas para ser representada; de esta manera se puede llegar a la comprensión de la figura de la vida y de la muerte como elementos integradores.

Las tres diosas representan el carácter antes mencionado y permiten entender la concepción de la vida y de la muerte, aspectos relacionados con el culto a la fertilidad de la tierra. Los valores presentes de la Gran Diosa refieren a los valores biológicos que generan la construcción de lo femenino, los cuales son lo materno, la fecundación, el lazo afectivo con el hijo y la capacidad de dar el primer alimento, si bien cuando dejan de hablar del sujeto para analizar el aspecto general de la vida se llega a la comprensión de la idea de la muerte.

Conclusión

Nos referimos a un mito que conformó uno de los rituales místéricos más importantes de la Antigüedad y permeó en la mentalidad de muchos en Grecia y Roma: emperadores, filósofos, gente común, hombres y mujeres, sentían la misma necesidad ¿Qué hay más allá de la vida? Se trata de una pregunta aterradora para quien no tiene la mente bien ordenada, ya que, para los que sí, la muerte no es nada más que el complemento de la vida.

La respuesta se ve adaptada por las necesidades históricas y de los diversos factores que permearon a la sociedad. Por eso, en el mito, para la idea de la muerte se necesita de las tres diosas a fin de alcanzar una comprensión de la cosmogonía: una es la vida y la otra la muerte, aspectos que integran la cotidianidad del ser humano, si bien se requiere de un tercer factor que permite una reconciliación a modo de enfrentarse al misterio de la muerte.

Hablar sobre la muerte alude por completo a la vida. Las diosas madre apuntan hacia un elemento muy primitivo; si seguimos la teoría de Carl Gustav Jung, son elementos arquetípicos que se revelan en los momentos más necesarios. El mito es la expresión de cómo el individuo entiende su realidad y usa los aspectos culturales con los cuales se desarrolla. Entendemos así que los aspectos genéricos forman una parte importante para la comprensión del mundo, pues representan la formación de dos sujetos. Son los dos géneros como la formación histórica cultural con las cuales entiende al mundo.

La feminidad no está en su representación genérica por ser diosas, sino en los valores culturales que representan al género. El mito es en sí la reunión de los elementos del arquetipo de la madre, una evocación de la feminidad. Es importante resaltar que la feminidad no corresponde a un sexo y por lo tanto hablar de las diosas no implica hablar sobre la mujer. Hablar sobre lo femenino no es una delimitación ni condicionante del sujeto, sino que alude a un elemento presente en el inconsciente que es reflejo de su cultura; por lo tanto se trata de un elemento más para analizar el mundo.

Así como la psicología analítica señala que toda persona se integra por un aspecto femenino y uno masculino, la mujer tiene un animus –representación masculina– y el hombre un anima –representación femenina– que constituyen valores culturales que el individuo toma en cuenta para entender su entorno. Por eso hablar de la feminidad en la muerte no corresponde a hablar de la mujer como sujeto de la muerte, sino de los aspectos culturales que permiten el entendimiento de su entorno a partir de las cuestiones que el ser humano manifiesta en su vida cotidiana.

Bibliografía

- BREMMER, Jean, *El concepto del alma en la Grecia antigua*, Madrid, Siruela, 2002.
- BURKERT, Walter, *Greek Religion. The Dead Heroes and Chthonic Gods*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.
- COULAGES, Foustel de, *La ciudad antigua*, México, Porrúa, 2015.
- ESQUILO, *Tragedias persas*, 2015, en línea [www.bibliotecaspublicas.es/donbenito/imagenes/Esquilo_-_Tragedias_-_v1.0.pdf].
- GRAVES, Robert, *La diosa blanca. La triple musa*, Madrid, Alianza, 2014.
- HESÍODO, *Teogonía Hécate*, 2015, en línea [http://campus.usal.es/~licesio/L_M_V/Hesiodo_Teogonia.pdf].
- “Himno homérico a Deméter”, 2015, en línea [<https://es.scribd.com/doc/38131702/HIMNO-HOMERICO-A-DEMETER>].
- JUNG, C. G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós, 2009.
- KÉRENYI, Károly, *Eleusis. Imagen arquetípica de la madre y la hija*, Madrid, Siruela, 2004.
- _____, *Los dioses de los griegos*, Caracas, Monte Ávila, 1997.
- NEUMANN, Eric, *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones de lo femenino de lo inconsciente*, Madrid, Trotta, 2009.